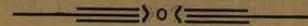


Himno de la Juventud

EN EL PRIMER GENTENARIO DE LA INDEPENDENCIA.



CORO.

*¡Juventud! Esperanza risueña
Ve mi Patria, en su oriente, brillar,
Hoy que ufana tremolas su enseña
Y circundas festiva su altar.*

ESTROFAS.

I.

Cien años hace que allá en Dolores
Resonó un grito de libertad,
Y de la lucha tras los horrores
La independencia fué realidad.
Y de la Patria la noble frente
Que por tres siglos se dobló,
Alzóse libre, y un sol fulgente
Ante cien pueblos la iluminó.

Coro.

II.

Como su timbre de más valía,
Como sagrado noble ideal,
Quiso mi Patria su autonomía,
Quiso ser grande, libre, inmortal;
Reclamó ansiosa la madre España,
Amenazante rugió el león:
Siguió la lucha; mas de su saña
Se alzó triunfante nuestro pendón.

Coro.

III.

¡Ah! Cuánta sangre, duelo y fatiga
 Costó á mi Patria su triunfo aquél!
 Entre sudores crece la espiga:
 Nadie sin lucha coge el laurel.
 Mas á los héroes que generosos
 Por tí, mi Patria, viste morir,
 Hoy nos invitas en armoniosos
 Triunfales himnos á bendecir.

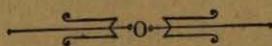
Coro.

IV.

Presta la Patria sombra á la escuela
 En donde bebes ciencia y virtud;
 Ella es tu amparo, madre y tutela:
 ¡Canta sus glorias, oh juventud!
 Su amor bendice, su nombre aclama,
 Díle tu intenso filial sentir.
 Y que por ella, si lo reclama,
 Como sus héroes sabrás morir.

Coro.

1910.



N. B. La música del Himno precedente fué compuesta para esta ocasión por el SR. PROFESOR PEDRO N. RODRIGUEZ, organista de esta Catedral.

La ofrenda de la niñez á la Patria.

—o—

Como foco de luz que vivifica,
 Que alumbra y hermosea,
 Cual deseado tesoro
 De incomparable precio, como esencia
 Que en nobles corazones difundiéndose
 Regocija y alienta,
 Tu amor, oh dulce Patria en que nacimos,
 Vive en los pechos y las almas llena.
 ¿Y cómo no? Bajo la amable sombra
 De tu bendita tricolor bandera,
 El hogar donde moran nuestros padres
 En dulce paz se asienta:
 Allí corrió nuestra niñez florida:
 Allí, entre abrazos y caricias tiernas,
 El noble corazón que más nos ama,
 Los labios que mil veces imprimieran
 Su huella en nuestras frentes, la mirada
 Que abismos de ternura nos revela,
 Tu nombre á pronunciar nos enseñaron
 Y á vitorearte, mexicana tierra!

Hoy, dulce Patria, que tus hijos todos
 Tu inmortal gloria á celebrar se aprestan,
 Hoy que tu nombre heróico, vitoreado
 De entusiasmo y amor en ola inmensa
 Llega á nosotros, y del patrio afecto
 Las vivas llamas en incendio trueca,

Permite que tus niños, Patria mía,
A tus altares vengan
Y unan su voz al himno vigoroso
Que por doquiera en tu loor resuena.

Cien años hace que se oyó en Dolores
La voz que proclamó tu independencia;
Y en el rápido curso de los tiempos
Al llegar hoy tan memorable fecha,
Cual por conjuro mágico evocados,
Surgen recuerdos de pasadas épocas
En que tus héroes con supremo esfuerzo,
Por conquistar tu libertad excelsa,
En tus aras, oh Patria, derramaron
La generosa sangre de sus venas.
Hidalgo alzó su voz: como una chispa
El fuego prende entre la caña seca
Y alza la llama, y el voraz incendio
Veloz se extiende en la apretada selva,
Así á la voz que resonó en Dolores
De redención se propagó la idea,
Y lleváronla rápida los vientos
Del patrio suelo en la extensión inmensa,
Enardeciendo generosas almas
Que el bien perdido á conquistar se aprestan.
¡Ah! ¡Cuán luctuosa la primera lucha!
Valiente multitud, mas inexperta,
Tintos dejó de generosa sangre
Los campos de la Patria. Mas ya alientan
Nuevos caudillos, y del polvo inerte

El sagrado pendón de independencia
Alza y tremola el vigoroso brazo
Del gran Morelos que á la hueste ibera
Hace cejar con su valiente empuje
Y el trono vacilar que la sustenta.
¡Morelos! Ah! ¡Qué grande le contemplo
Cuando se alza temible en la pelea!
Pero más grande aún cuando su espada
A la ley y al deber rinde y sujeta.
Y aquel genio, y cien otros, Patria mía,
Cayendo fueron en la lid sangrienta,
Uno á uno sus vidas ofreciéndote
Para comprar tu libertad con ellas;
Pero á otros cien su ardiente patriotismo
Y su valor dejaron en herencia,
Que acosaron sin tregua por tres lustros
Al león dominante de la Iberia.
Mas poco á poco la quietud renace
Y se amengua el fragor de la pelea,
Y al fin parece que cansada y triste
La voz de libertad se escucha apenas:
Tan sólo allá del ínclito Guerrero
Se ven las huestes en la abrupta sierra.
Del país por el ámbito espacioso
Brilla en las mentes la fulgente idea,
Y arde en los pechos el sagrado fuego;
¿Por qué callan entonces?—Porque esperan.
¡Es el volcán que finge adormecerse
Cuando terrible á la erupción se apresta!
¡Mirad! Nuevo adalid se alza en Iguala,
Y los jefes congréganse, y enérgica

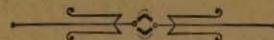
La voz de libertad otra vez se alza
 Y de la Patria hasta el confín resuena.
 «Independiente, proclamó Iturbide,
 Soberana es la mexicana tierra»,
 Y ante la Patria toda que le aplaude,
 Tremola allí la tricolor bandera
 Que simboliza el lema glorioso
 De «Religión, Unión é Independencia».

Y el ejército libre y trigarante
 Triunfante marcha á la victoria cierta:
 Va su puesto á ocupar. ¡Ya no haya luchas!
 ¡Oh ciudad inmortal de los aztecas!
 ¡Elévese tu frente, y jubilosa
 A tu libertador abre las puertas!

Al recordar tus triunfos, Patria mía,
 Con qué entusiasmo á tus altares llevan
 Tus hijos el acento de sus labios
 Y del pecho el dulcísimo poema!
 Con qué fervor pregonan tus victorias
 Y coronan de gloria tu cabeza!
 También tus tiernos niños
 Aunque de voz carecen y de fuerzas,
 Rebosantes de amor y de alegría
 Toman su parte en la solemne fiesta.

¡Quién pudiera, cual hácenlo tus genios,
 Añadir una perla á tu diadema,
 Adunar más y más entre tus hijos
 el dulce lazo de amistad estrecha,
 Y cimentar el majestuoso templo
 De tu paz, de tu gloria y tu grandeza!

Mas no tienen tus niños
 Sino el amor filial que los alienta;
 Ese amor depositan en tus aras,
 Y animadas por él, estas promesas:
 Los verás, cara Patria, mientras vivas,
 Fieles siempre á tu amor y á tu bandera;
 Siempre dispuestos á acrecer tu gloria
 Y á morir, si es preciso, en tu defensa.
 ¡Es éste nuestro dón, querida Patria,
 Es esta nuestra ofrenda!



MORELOS.

Monólogo.

Ya se aproxima la hora.
¡Cayó mi última esperanza!
Pausada la noche avanza,
Y en pos, la muerte traidora.
¡Qué noche! su obscuridad
Terror infunde y pavora;
Mas no es tan negra y obscura
Como mi horrible ansiedad.

Ayer, gloria pasajera
Me dejó ver sus fulgores;
Hoy me oprimen los rigores
De la envidia torva y fiera.

Ayer, mi fama á los cielos
La turba multa exaltaba;
Y sin tasa pondera
El valor del gran Morelos;

Hoy, aquí á solas conmigo
Y mi dolor, busco en vano
La caricia de un hermano,
El consuelo de un amigo.

¡Mundo! ¡Con cuánta verdad
Te asestaron sus agravios
Y llamaronte los sabios
Vanidad y vanidad!

¡Y qué menguado y rúin
Lo pasajero se advierte,

Cuando á la luz de la muerte
Vemos su rápido fin!

Ah! Yo soñé libertar
A mi nación oprimida,
Y voy sin honra y sin vida
De mi sueño á despertar.

¡Mi sueño!... ¡Lo acaricié
Con tan intensa fruición!...
¡Ah! Ver libre á mi nación
Como libre un tiempo fué;

Ver triunfantes sus pendones,
Verla en premio á su labor,
Tomar un puesto de honor
Entre prósperas naciones;

Verla libre y respetada,
Y á todos los mexicanos
Cobijados como hermanos
Bajo su enseña sagrada,

Y como lazo de unión
Y como su único faro,
Verla acatar el amparo
De la santa Religión;

Este ha sido el gran deseo
De que mi pecho rebosa,
Y va conmigo á la fosa
Que á mis piés abrirse veo.

Mi pecho sacerdotal
Sin mengua de su decoro
Guardó, cual rico tesoro,
Tan dulce y noble ideal;

Que para el oro acendrado
De una idea noble y pura,
No hay otra arca más segura
Que mi corazón consagrado;

Pues por la causa querida
Sacrificara gozoso
Su bienestar, su reposo,
Y hasta su sangre y su vida.

Ya estos nobles pensamientos
En mi pecho germinaban,
Y de mi alma despertaban
Los generosos alientos,

Cuando á Hidalgo pude ver
En su marcha victoriosa,
Y su voz mi alma ardorosa
Más y más vino á encender.

Nunca pensé que el acero
En mi diestra fulgurara,
Pues ministro me llamara
Del dulce y manso Cordero.

Mas oí á Hidalgo, y pensé
Que la Patria á mí clamaba;
Y aun creí que me llamaba
A su defensa la Fe.

Y aquella solemne voz
Escuché con tal apremio,
Que sin baldón de mi gremio
Y sin ofensa de Dios,

Creí poderme lanzar
Por un instante á la lucha.

¿Hice mal? Dios que me escucha
Mi causa ha de sentenciar.

Mas El ve si forzado
Fraterna sangre vertí,
Nunca al altar ascendí
Con esa sangre manchado.

De Cuautla larga apretura
Y de Oaxaca victoria
Que coronásteis de gloria
Las sienes de un pobre Cura;

¡Ah! por la sangre inocente
Que en vosotros se virtió,
¡No sabéis cuánto punzó
Vuestra corona mi frente!

¡Sol de victoria! Tu lumbre
Abrasóme con su ardor:
Que si sobra aquí el valor,
No falta la mansedumbre.

El aplauso no me abona
Que dé el mundo á mis acciones;
Mas mis rectas intenciones,
Ellas forman mi corona.

Ni quiero que mi nación
En mí agradezca otra cosa,
Que este amor en que rebosa
Mi patriota corazón.

¡Con cuánto valor lucharon
Mis hermanos insurgentes!
¡Cuánto sudor en sus frentes!
¡Cuán heróicos se mostraron!

¡Ah! yo los ví en la batalla
Con equipo miserable,
Mas con arrojo indomable
Hacer frente á la metralla:

Los ví uno á uno caer,
Y al dar su postrer aliento,
Exclamar con ardimiento:
«¡ Por la Patria y el deber! »

Mas presto la inexperiencia
Al desorden paso abrió,
Y de muerte amenazó
La naciente Independencia.

E insidiosa la maldad
Fomentaba la ambición,
Esa insaciable pasión
Muerte de la libertad.

Por entonces existía
Entre la fuerza insurgente
Un hombre que solamente
Por la Patria se batía.

Recorrieron luenga tierra
Vencedores sus corceles,
Y le dió triunfo y laureles
La fortuna de la guerra.

Y la fama, de aquel hombre
Tanto exaltó las hazañas,
Que el león de las Españas
Temblaba al oír su nombre.

Y era ese nombre... ¡era el mío!...
Mas en medio á tanta gloria,

No me cegó la victoria
Con su espléndido atavío.

Y ví que no era sólo eso
Lo que la Patria perdía:
Ella una ley requería,
Y la ley la de un Congreso.

Y pues de la Patria el seno
Desgarraba la ambición,
Fué preciso á la pasión
Y á la maldad poner freno.

¡Cuánto le costó á mi brazo
Domeñar odio y ruindad!
Mas unió la autoridad
A todos con fuerte lazo;

Y de la junta elegida
Fué la autoridad jurada,
Y ante ella rendí mi espada,
Y por ella doy mi vida;

Y de Dios el nombre augusto
Pusimos como cimiento
Al alzar el monumento
De lo grande y de lo justo;

Y pudo ver la nación
Que á la vida la llamamos
Cuando legarla intentamos
Su ley y constitución.

Esta que fuera entre mil
mi más brillante victoria,
Esta defiende mi gloria
De la calumnia servil.

Ambicioso me han llamado
Los que sirven al virrey,
¡Ellos, que no hán otra ley!...
Mas... ¡ya les he perdonado!

¡Qué noche! Airados los vientos
Ni por un instante callan:
Dijérase que batallan
Furiosos los elementos;

Dijérase que el fragor
Imitan de la pelea;
Es la pólvora y la tea,
Del relámpago el fulgor.

¿Oís? El trueno retumba:
En el cañón que revienta
Y destrozados avienta
Muchos cuerpos á la tumba.

Allí mueren los hermanos,
Allí mi hueste se bate...
¡Ah, valientes!... ¡Al combate!
¡Por la Patria, mexicanos!...

Mas... ¿Deliro? ¡Oh suerte impía!
¿La Patria? ¡no! el calabozo,
Y á su puerta el triste foso
Do aguarda la muerte fría.

En cruel venganza se ensañan
Contra mí los enemigos,
Y hasta mis mismos amigos
Me traicionan y me engañan.

¡Ah! ¿por qué como traidor
Voy sin gloria á sucumbir?

¿Por qué no pude morir
En el campo del honor?

¿Por qué fortuna propicia
Brinda el triunfo á la maldad?

¿Por qué de la humanidad
Se despidió la justicia?...

Mas... ¿á dónde rauda y loca
Se precipita mi mente?

Quien duda de Dios clemente,
A Dios airado provoca.

¡Oh duda, fantasma cruel!
Sé que no curas las penas,
Sino que al alma envenenas
Con furores y con hiel.

Si en el triste mundo hay lodo,
Si hay injusticia y maldad,
Dios es bueno, y la bondad
De Dios está sobre todo.

Y si El nuestro corazón
En las penas acrisola,
Nunca al alma deja sola
Que espera en su protección.

No ve el necio ese crisol
Y á Dios en su orgullo insulta:
¡Piensa porque el sol se oculta
Que ya se ha apagado el sol!

¡Execrable desatino!
Creer que no hay más que tierra,
Que en este mundo se encierra
Del hombre todo el destino,

Es, todo ideal sagrado
Vender al más bajo precio;
Es discurrir como un necio,
Es sentir como un malvado.

Firme está mi corazón;
Si mi Dios, quiere probarme,
Sé que tiene para darme
Un cielo en compensación.

¡Noble Patria! á tus soldados
Podrás verlos oprimidos,
Pero nunca envilecidos,
Pero nunca acobardados;

Porque otra luz y otra esfera
Tras la muerte saben ver,
Donde se premia el deber
Y al honor se remunera.

¿Qué importa que caiga un hombre
En la lucha encarnecida?
¡Ah! ¡La Patria agradecida
Nunca olvidará su nombre!

Fuí traicionado, caí
En manos del enemigo;
Pero no muere conmigo
La causa que defendí.

¡Dios no muere! En su bondad
Querrá amparar este suelo:
Dios que mira desde el cielo
De mi Patria la orfandad;

Ya me parece que veo
Entreabrirse el porvenir,

Y ante mis ojos lucir
 Aquel sol de mi deseo;
 Y que de Dios la clemencia
 Hace libre á mi nación,
 Y que brilla en su pendón:
 «Religión, Independencia».
 Y cual luz de nuevo día,
 Y como alto don del cielo
 Bajar sobre el patrio suelo
 La protección de María!...

¡Reina de la tierra indiana,
 Hermosa flor de sus flores,
 Señora de mis amores,
 Divina Guadalupana!

¡Estrella del Anahuac
 Que á iluminarnos bajaste,
 Y por siempre cimentaste
 Tu trono en el Tepeyac!

Ante la avara inclemencia
 Del crüel conquistador,
 Mi raza debió á tu amor
 Y á tu piedad la existencia.

Hoy esa raza oprimida
 Clama á tí, su protectora;
 ¡Ven á salvarla, Señora,
 Y dale otra vez la vida!

A ella tus ojos convierte
 Y cúbrela con tu manto:
 ¡Te lo pido por mi llanto!
 ¡Te lo pido por mi muerte!

Cuando su grito lanzó
 El gran Hidalgo en Dolores,
 Y por los valles y alcores
 De la Patria resonó,
 Ella confió en tu bondad
 Más que en su brazo y su acero;
 Y vió en tí, Madre, el lucero
 De su ansiada libertad.

Y cuando la ley dictamos
 De la Patria que nacía,
 Tu nombre, Virgen María,
 Después de Dios, invocamos.

Que mi Patria nunca deje
 De reclamar tu bondad;
 Que de tu santa heredad
 Tu pueblo jamás se aleje,
 Y no será al porvenir
 Esclavizado este suelo.
 ¡Ah! ¡Con tan dulce consuelo!
 Ya puedo, Madre, morir!...

¡La señal!... ¿Es ya la aurora?...
 ¡Valor cristiano! ¡valor!

¡Ah! ¿Tú me llamas, Señor?
 Pues á tí vengo, ya es hora.

¡Contrito estoy! Mi maldad
 No obscurece mi esperanza;
 ¡Es muy grande mi confianza,
 Porque inmensa es tu bondad!

¡Señor que por mí moriste!
 ¡Señor que con tu pasión

Abonaste mi perdón
 Y el paraíso me abriste!
 Si obré bien en tu presencia,
 Lo sabes, y á tí me acojo;
 Pero si mal, iyo me arrojó
 En brazos de tu clemencia!...

A. M. D. G.

N. B. Este Monólogo, lo mismo que las dos Composiciones precedentes, son producción de la fecunda y bien acerada pluma del Pbro. J. J. HINOJOSA, Secretario de este Arzobispado.



DISCURSO

leído por el Ilmo. y Rmo. Sr. Arzobispo, el día 11 de enero de
1911, en la solemne velada que se celebró en el Colegio
del Sagrado Corazón de Jesús, de Lampazos,
N. L., con motivo de nuestro primer
- - - Centenario. - - -

